

Epílogo y coloquios. ¡Oh astucia luciferina de los fariseos! Pretenden tentar á Dios una y otra vez; le tienden cada día nuevos lazos, y hacen preguntas capciosas para tener ocasión de acusarle. ¡Vana pretensión! Jesús burla todos sus intentos, y los deja enteramente confundidos. Hoy le presentan una mujer adúltera, para que la imponga la pena prescrita en la ley de Moisés; Jesús, que lee en sus corazones y los ve más corrompidos que el de la pobre pecadora, sin contestar una sola palabra; se inclina y escribe en tierra, tal vez los pecados de ellos. Insisten en la acusación; apremian al Señor á que dé el fallo; no quieren demoras; y entonces Jesucristo se levanta, y mirándolos con ojos severos, les dice: «Aquel de vosotros que se halle sin pecado, arroje primero la piedra». ¡Oh sentencia justísima, rectísima y terrible para los acusadores! Ciertamente que ellos no la esperaban. Ella les ha descorrido el velo que encubría sus propios pecados, y al verlos en toda su deformidad, no se atreven á permanecer más tiempo delante de un Señor que los conoce muy á fondo, y así, corridos de vergüenza, van desfilando todos, empezando por los más ancianos, que, á imitación de los detractores de Susana, quizá estaban también encanecidos en la maldad¹. El Señor ha triunfado una vez más de la astucia maliciosa de los fariseos. Ya se levanta para dar una mirada compasiva á la pobre mujer que, sola, compungida, avergonzada y en pie, está delante de Jesús, esperando la sentencia. Vete en paz, la dice, y no vuelvas á pecar. ¡Oh caridad de Jesús! ¿Quién no os amará? ¿Quién no confiará en Vos? ¿Sentimos nosotros que nuestras almas han sido infieles á Dios, posponiéndole á las criaturas? Pues ¿por qué no acudimos á Jesús, pidiendo misericordia? ¡Ah! Si viéramos y conociéramos la fealdad de nuestras culpas, ¡con cuánto rubor nos presentaríamos á Jesús! Propongamos hacer cuanto nos sea necesario para conocerlas y detestarlas, y para lograrlo, pidamos auxilios al Señor, y roguemos por todas las cosas que se nos han encomendado.

94.—CONVERSIÓN DE ZAQUEO.

PRELUDIO 1.º Deseoso Zaqueo de ver á Jesús, subióse á un árbol; el Señor le llamó, pidiéndole hospedaje en su casa, y estando en ella, convirtiéndose él con toda su familia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo llamando á Zaqueo.

PRELUDIO 3.º Pide obediencia al llamamiento de Jesucristo.

Punto 1.º Deseos de Zaqueo de ver á Jesús.—Había en Jericó un hombre rico llamado Zaqueo, el cual era como el príncipe de los arrendadores de los tributos, y, por consiguiente, reputado entre los judíos por hombre muy injusto y ladrón; y

¹ Dan., xiii, 52.

deseando ver á Jesús, y no pudiendo por ser bajo de estatura, corriendo se subió á un árbol para verle al paso¹. Considera aquí cómo el principio de la conversión de Zaqueo fué un deseo vehemente de ver á Jesús, inspirado por Dios, y de conocerle de vista, confiando que esta sola vista le dejaría medrado, y no le engañó su corazón. Tal suele ser siempre el principio de nuestro remedio: ver con viva fe á Jesucristo nuestro Redentor, y conocerle del modo que pasó y vivió en este mundo, figurado por Jericó; mirarle pobre, manso, humilde y crucificado por amor á los hombres; porque nada hay que tan eficazmente descubra la malicia del pecado, la terribilidad de la justicia de Dios, y la severidad de los divinos castigos, como esta vista. Y si la vista de la serpiente de metal, puesta en un palo², bastó para curar las heridas de los israelitas mordidos por las serpientes, mucho más bastará la vista de un Dios crucificado para disponernos á recibir el perdón de los pecados. Reflexiona la eficacia de este deseo de Zaqueo, y la diligencia que puso en cumplirle, atropellando la honra mundana y el qué dirán todos, viendo á un hombre rico y principal correr como un niño y subirse encima de un árbol. Es de creer que los pasajeros harían burla de él, sobre todo al verle tan pequeño de estatura. Por este ejemplo debes entender que, cuando Dios te inspirare buenos deseos, has de atropellar la honra del mundo, en razón de cumplirlos, por salvarte; y, como Zaqueo, has de subir sobre el árbol sicomoro, que es higuera loca³ y silvestre, hollando los regalos del mundo y sus riquezas y honras, abrazando lo que él tiene por locura, que es la cruz de Cristo. ¡Oh buen Jesús, que por mi causa subisteis al árbol de la cruz, donde fuisteis despreciado y mofado de los hombres! Dadme gracia para que yo también suba á este árbol, que es sabiduría para los escogidos y locura para los mundanos⁴; porque cierto estoy que, si subo á él con espíritu, luego me miraréis como á Zaqueo con ojos de misericordia. ¡Oh alma! ¿No sientes en ti deseos de ver y conocer á Jesús? ¿No suspiras por conservar su dulce y provechosa presencia? ¿Qué medios practicas para esto?

Punto 2.º Jesús llamó á Zaqueo, pidiéndole hospedaje en su casa.—Considera cómo Jesucristo, rico en bondad y misericordia, deseoso de complacer á Zaqueo, al llegar al lugar donde estaba, levantó los ojos, y hablóle, diciendo: «Zaqueo, presto baja de ahí, porque conviene que Yo me hospede hoy en tu casa». Fija tu atención en cada una de estas palabras, que tienen particular misterio. Llámale primeramente por su propio nombre, para que entendiéndose que, aunque nunca le había visto, le conocía bien, y sabía su nombre y le tenía escrito en el libro de la vida, y deseaba henchir el vacío de él, porque Zaqueo

¹ Luc., xix, 1. — ² Num., xxi, 9. — ³ Teophilac.; S. Gregor. — ⁴ 1 Cor., i, 23.

quiere decir puro ó justificado, y hasta entonces era un nombre falso, y quería que fuese verdadero. Dícele que se dé prisa en bajar para descubrir las grandes ganas que tiene de hacerle bien y de apresurar su justificación, y que no quiere perder un punto de tiempo ni la ocasión de santificarle, antes que se enfríen los deseos; con lo cual enseña á los que trabajan en la conversión de las almas á que, en viéndolas tocadas de Dios, las den prisa á que cumplan sus propósitos, antes que el cierzo de la tentación les hiele, ó el estío de la persecución los marchite. Por la misma causa añade el Salvador á Zaqueo que hoy quiere entrar y hospedarse en su casa, no mañana ú otro día, porque no gusta que se difieran los propósitos para el día siguiente, si se pueden cumplir en el día de hoy, porque el día de hoy es seguro y el de mañana es incierto; y así, quiere que hoy, con prisa y con fervor, tratemos de hospedarle, porque quizá mañana querremos y no podremos, ó Él se pasará y nos dejará en blanco, porque perdimos la ocasión que nos ofreció. Finalmente: no se contenta con estar de paso, sino que quiere *manere*, estar de asiento en ella hasta hacer toda la obra que pretende; porque lo que tanto importa no lo toma el Señor de paso, sino de asiento. Y aunque se da prisa en venir, no se da prisa en salir, si no fuere echado del alma donde entra. ¿Hemos oído nosotros la voz de Jesús que interiormente nos llama? ¿Qué desea de nosotros? ¿Cómo accedemos á su deseo? ¡Oh Hijo del Padre eterno, con el cual venís al alma que os ama, y hacéis morada en ella! Venid, Señor, á la mía, y estad en ella con firmeza, de modo que nunca la dejéis, ni ella dé en tal locura que os eche de sí.

Punto 3.º *Conversión sólida de Zaqueo.*—Considera cómo, oyendo Zaqueo que Jesús le llamaba, vivamente reconocido á tal benignidad, con pronta obediencia bajó al instante del árbol, y con grande gozo le hospedó en su casa. ¡Cuán admirable obediencia! ¡Qué puntual! ¡Qué alegre! ¡Cuán sin excusa, ni encogimiento, ni vanos pretextos de falsa humildad! Pondera cómo, tocado Zaqueo de la divina gracia, por ocasión de las amorosas palabras que le diría el Señor antes ó después de comer, se convirtió tan de veras, que, puesto en pie delante de Jesús, para significar lo pronto que estaba para cumplir sus propósitos, dijo: «La mitad de mis bienes, doy á los pobres; y si en alguna cosa engañé á alguno, le vuelvo cuatro doblado». No dice daré y volveré, sino doy ó pago, luego lo ejecuto; y es tan cierto, como si ya lo hubiera hecho, al modo que decía David: «Á la mañana, mató todos los pecadores de la tierra»; porque con tantas veras proponía hacer esto, que ya lo daba por hecho. Con esta misma eficacia has de hacer tú los propósitos, de modo que luego comiences á ponerlos en práctica, confiando en la divina

1 Psalm. c, 8.

gracia, como David, el cual diciendo: «Ahora comienzo,» luego añadió: «Esta mudanza de la diestra es del muy Alto». Pero más hay que ponderar en este propósito de Zaqueo, siendo no de cosa fácil, sino muy dificultosa, y no de cosa obligatoria solamente, sino de cosa voluntaria y de consejo; porque con ser muy rico, y estar muy pegado á sus riquezas, y parte de ellas quizá mal ganadas llevado de la codicia, de repente divide su hacienda en dos partes, y la mitad quiere dar á los pobres, haciendo limosna por sus pecados; y de la otra mitad quiere pagar lo que debe de justicia, volviendo, no sólo lo que tomó, sino el cuatro doblado, para más asegurarse; y, por consiguiente, le quedaba tan poco, que era como deshacerse de toda su hacienda, para seguir á Cristo con perfección. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Con cuánta verdad dijisteis¹, que aunque era más fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo; pero que es posible á Dios lo que es imposible á los hombres! Hacedme, Señor, posible por vuestra gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza. ¡Oh alma religiosa! Avergüénzate de tu tibieza al ver el fervor de Zaqueo, y examina si obedeces, como él, á la voz de Cristo, y si tu conversión y penitencia es generosa como la suya.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué bondad y sabiduría busca el Salvador las ocasiones oportunas para hacer bien á las almas! Se dirige á Jericó, en cuya ciudad hay un hombre rico, y de triste fama entre sus habitantes, pero vaso de elección para Jesucristo. Inspírale un vivo deseo de verle pasar, y, estimulado por él, Zaqueo, que era bajo de estatura, corre á subirse á un árbol, para contemplar á su placer y sin estorbo al Redentor del mundo. ¡Feliz publicano! ¡Prepárate para el mayor de los favores que hasta ahora recibiste! Jesús le mira, y le llama por su nombre, aunque nunca quizá le había visto, y le encarga que baje apresurado del árbol, y que quiere hospedarse en su casa. ¡Qué sentiría en este momento Zaqueo! ¡Cómo alabaría en su corazón la bondad y misericordia de Jesús! ¡Con qué humildad, agradecimiento, confusión propia y amor encendido, se acercaría á Cristo, le adoraría, y le entraría en su casa, y le pondría todo á su disposición! Mas en donde entra Jesús, entra también la gracia y es arrojado el pecado y toda injusticia. Así le sucedió á Zaqueo, el cual no se contentó con llorar como otros pecadores sus culpas, sino, pisando todas las cosas mundanas, da á los pobres la mitad de sus bienes y restituye el cuádruple de todo lo que había usurpado. Al ver el bien inmenso que causó en Zaqueo la visita de Jesús, ¿no deseamos nosotros que nos visite? ¿Cómo lo recibimos cuando viene á nosotros en la comunión? ¿Qué le hemos de ofrecer para que pueda quedar contento de nosotros? ¿Qué virtud nos es más necesaria? ¿Qué defecto es en nosotros

1 Psalm. LXXVI, 11. — 2 Matth., XIX, 24, 26.

más habitual y pernicioso? Meditémoslo con cuidado; propongamos con decisión la enmienda, y supliquemos con encendido fervor.

95.—LIBRA JESÚS DEL DEMONIO Á LA HIJA DE LA CANANEA.

PRELUDIO 1.º Una mujer cananea pidió á Jesús librarla á su hija del demonio, y aunque al parecer no le hacía caso, movido de sus instancias le concedió cuanto le pedía.

PRELUDIO 2.º Representate á esta pobre mujer clamando en pos de Jesús.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de imitar las virtudes de esta mujer, especialmente su fe.

Punto 1.º Virtudes que descubrió la cananea en la súplica que dirigió á Jesús.—Caminando Jesús hacia la parte de Tiro y Sidón, salió al encuentro una mujer gentil cananea, diciéndole á voces: «Señor, hijo de David, tened misericordia de mí, porque mi hija se halla atormentada del demonio». En cuyas palabras, esta ilustre mujer practicó varias y excelentes virtudes. La primera fué grande fe y confianza, sintiendo altamente de Cristo nuestro Señor, confesándole por Señor y por Mesías, y por poderoso para echar los demonios, y tan poderoso, que bastaba sólo quererlo ó mandarlo; y así no dice: rogad por mí, sino tened misericordia de mí y ayudadme, proponiendo en breves palabras su miseria al que creía que la podía remediar. La segunda fué grande caridad, con la cual miraba los males de su hija como propios; y así no dijo: tened misericordia de mi hija, sino de mí. Con ella juntó profunda humildad, porque tal vez atribuía á sus pecados, más que á los de su hija, el ser atormentada del demonio; en cuyas dos virtudes suelen señalarse los santos, atribuyendo á sus pecados los males, las culpas y las desgracias del mundo. De esta humildad nació la profunda reverencia con que oró; porque, como dice san Marcos², se postró á los pies de Jesucristo y le adoró. Á estas virtudes añadió la oración con grande afecto y constancia, como lo demuestran así los clamores que daba, salidos de lo íntimo de su corazón, como el seguir á Cristo, yendo tras Él multiplicando sus peticiones. Con estas virtudes has de acompañar tu oración; y cuando te vieres tentado de algún vicio de soberbia, gula ó ira, postrado á los pies de Cristo, le has de decir muchas veces: «Señor, hijo de David, tened misericordia de mí, porque mi alma está muy atormentada del demonio de la soberbia». Y cuando ves algún prójimo tuyo estar rendido al vicio, tomando como propia su miseria, has de decir igualmente: «Señor, hijo de David, tened misericordia de mí, que mi hermano se halla en gran peligro». ¡Oh Maestro soberano! Vos, y no otro, enseñasteis á esta dichosa mujer á que con la oración ferviente y confiada juntase fe viva, humildad profun-

¹ Matth., xv, 21. — ² Marc., vii, 25.

da y caridad encendida, porque queríais despachar favorablemente su petición; haced también que yo la imite en ella, para que mis oraciones sean también oídas. ¿Reune nuestra oración estas condiciones? ¿Juntamos con ella la práctica de estas virtudes?

Punto 2.º Pruebas á que sometió Jesús la fe de la Cananea.—Considera las duras pruebas á que sujetó el Señor á esta mujer antes de concederla lo que pedía. Primeramente, no quiso responderla palabra, y perseverando ella en clamar, lo hizo, pero con aparente desprecio¹, diciendo: «No es bueno quitar el pan de los hijos y darlo á los perros». En lo cual puedes ponderar que, si Jesucristo callaba y no contestaba á los clamores de la mujer, no era por desprecio, sino para que con aquella dilación creciesen en ella más los deseos; y si después llegó á motejarla de perra é indigna de ello, fué para probarla y humillarla, porque propio es de Jesús probar antes con la humillación á aquellos que pretende ensalzar²; y así, cuando te vieres más humillado y afligido, piensa que está muy próximo tu remedio y exaltación. Pondera luego cuán bien llevó la cananea esta prueba del Señor; porque aunque oyó de los labios de Jesús palabras muy ásperas y duras, no se indignó, ni quejó, ni murmuró de Cristo, ni cesó de su demanda, sino que, con gran constancia, perseveró en ella. Además, con rara humildad, confesó lo que era, diciendo: «También los perritos comen de la mesa de los señores»; que fué decir: «Así es, Señor, que soy perra y gentil, y aun perrilla desaprovechada, que no merezco que se haga caso de mí». Y pasando más adelante en esta virtud, ni aun se creyó digna de comer las migajas que se dan á los perrillos, porque no le pidió que le diese alguna, sino calló, dejándolo todo á la generosidad y misericordia del Señor. Por último, demostró una gran prudencia, porque de las mismas palabras de Cristo nuestro Señor y de su propia bajeza, sacó títulos para negociar lo que pedía, como quien dice: Si soy perra, también los señores sustentan, no sólo á los hijos, sino á los perrillos, con las migajas que caen de su mesa. Con este mismo espíritu has de decir á Cristo: ¡Oh Rey del cielo, que estáis en vuestro reino sentado á la mesa con los bienaventurados, dando espléndida comida á vuestros hijos! Á vuestra presencia vengo como cachorrillo, esperando alguna migaja de pan de las que de esa mesa se caen para los que viven en la tierra. Mirad, Señor, que, aunque como perro sea indigno de ello, yo quiero dejar de serlo, y por esto os pido ese pan que tiene la virtud de convertir los perros en hijos vuestros. ¡Oh alma! Mira bien la humildad, perseverancia y prudencia de la cananea, y escudriña si sabes imitar estas virtudes. ¿Cuándo y cómo debes hacerlo?

Punto 3.º Jesús alabó la fe de la cananea, y la concedió

¹ Matth., xv, 26. — ² S. Bern.

lo que pedía.—Considera cómo, oyendo Jesús las palabras de la Cananea, y viendo cuán bien había sabido aprovecharse de la prueba á que sujetó, la respondió con muestras de admiración: «¡Oh mujer! Grande es tu fe: hágase lo que quieres; por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija»; y al punto salió, y quedó sana la endemoniada. Mira cuánto gusto recibe Cristo nuestro Señor cuando ve un alma humilde, sufrida y confiada; cómo la alaba y engrandece, y cómo la cumple sus deseos, y la da todo cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamación: «¡Oh mujer; grande es tu fe!» Y ¡qué grande sería, pues un Dios inmenso é infinito, no vacila en calificarla de grande! Á los Apóstoles llamó muchas veces Cristo nuestro Señor hombres de poca fe²; á esta mujer cananea llama el mismo Señor mujer de grande fe. Pondera la causa porque honra y alaba Jesucristo á aquellos que tienen esta grande fe; la cual no es otra que la honra y gloria que recibe de ellos, porque con esta grandeza de fe sienten altamente de Jesús y de sus atributos, de su bondad infinita tan inclinada á hacer bien á todos, de su providencia soberana, en cuyos brazos confiadamente se arrojan, y de su poder inmenso, en el cual con seguridad confían; y propio es de Jesús honrar á los que le honran. Finalmente: debes notar la última palabra de Cristo: «Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija». En la cual Cristo nuestro Señor atribuye la salida del demonio á la palabra humilde de la cananea, porque la humildad espanta á los demonios, y los hace huir de los cuerpos y de las almas. ¿Cuándo llegaremos á tener la fe de la cananea? ¿Por qué nos dejamos dominar de nuestro enemigo, pudiendo vencerle tan fácilmente con la humildad? ¡Oh Redentor mío! Poned en mi corazón y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales, en virtud vuestra, destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que, libres de su servidumbre, os sirvamos en justicia y santidad.

Epílogo y coloquios.—¡Qué virtudes tan ilustres y escogidas puso el Señor en el espíritu de la cananea! Su fe es tan sólida, que con toda certeza y sin duda alguna confiesa á Jesús por hijo de David, Señor de todas las cosas, Omnipotente para echar los demonios con un acto de su voluntad. Su caridad tan encendida, que mira como propios los males de su hija. Su humildad tan profunda, que se tiene tal vez por culpable en lo que no hay culpa de su parte. Y su oración es tan fervorosa y perseverante, que ni las negativas ni las dilaciones son parte para que cese en ella ó afloje en su fervor. Mas, ¡oh admirable providencia del Señor!; todo parece que hace esperar que Jesús accederá al momento á la súplica de esta pobre madre. La necesidad es grande,

¹ Matth., xv, 28. — ² Matth., vi, 30; viii, 26; xiv, 31; xvi, 8.

la oración es exquisita, las virtudes que la acompañan son sublimes, los mismos Apóstoles interceden por ella; sin embargo, Jesús nada contesta por de pronto; y si después de instado habla, es para responder la palabra más dura que ha salido de sus labios y que menos se podía esperar. ¡Á qué pruebas tan severas y rigurosas sabe el Señor sujetar á las almas que quiere subir á elevada perfección! ¡Felices las que, como la cananea, salen bien de tales pruebas! Si, al modo que esta mujer, aciertan á humillarse y sufrir pacientemente la prueba, y de ella saben sacar nuevos motivos de confianza, Jesús, complacido de ellas, alabará su fe, despachará favorablemente sus súplicas, y aun las honrará delante de su Padre y de los ángeles del cielo. ¿Deseamos nosotros obtener tales y tan grandes bienes? ¿Cómo practicamos las virtudes que nos enseña la cananea? ¿De qué modo nos portamos en las pruebas á que nos somete la Providencia? ¿Nos quejamos de las dilaciones en concedernos lo que pedimos? Esperemos confiados, esmerémonos en la oración, y no dudemos que el socorro del cielo no se hará esperar; mas entretanto hagamos propósitos, y roguemos con confianza por nuestra santificación, por la de nuestros hermanos y por todas las demás necesidades.

96.—SANA JESUCRISTO AL CRIADO DEL CENTURIÓN.

PRELUDIO 1.º Rogado el Señor para que sanase á un criado de un Centurión, se ofreció á ir á verle; mas diciéndole el Centurión que no era digno de tal honor, alabó su fe y sanó al siervo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús oyendo el humilde recado del Centurión, y alabando su fe.

PRELUDIO 3.º Pide los sentimientos de humildad, reverencia y confianza de este Centurión.

Punto 1.º Virtudes del Centurión.—Un Centurión que moraba en Cafarnaum, tenía un criado enfermo, y no atreviéndose á ir personalmente á Cristo, le envió un recado, diciendo: «Señor, un criado, en mi casa, está con perlesía y muy atormentado». Considera primeramente cuán grande es la piedad de este Centurión, pues tan solícito está de la salud, no de su hijo, como la cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras obras que hacía, reparando las sinagogas, y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil. Pondera también su profunda humildad, por la cual se creía indigno de parecer delante de Cristo nuestro Señor, y de ir en persona donde Él estaba, pareciéndole que era tan malo, y el Señor tan bueno, que no era digno de estar delante de Él; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concediese

¹ Matth., viii, 5; Luc., vii, 2.